

## VIII

# ESTELAS, PAISAJE Y TERRITORIO EN EL BRONCE FINAL DEL SUROESTE DE LA PENINSULA IBERICA. BALANCE Y PERSPECTIVAS

### INTRODUCCION

A lo largo de este trabajo se ha intentado ofrecer una nueva hipótesis sobre la función y significado de las denominadas estelas decoradas del Suroeste. Una nueva perspectiva que en gran medida es reflejo de la importancia que nociones como el espacio y el paisaje están adquiriendo en el mundo de la Arqueología, y que por ello es tan hija de su tiempo como las anteriores interpretaciones de los suyos, y por ello igualmente cuestionable y efímera.

En cualquier caso, si alguna cualidad pudiera destacarse, tal vez resida en la recuperación de aquellos datos y aspectos que tradicionalmente habían sido marginados por la investigación en este campo: por un lado las localizaciones concretas de las estelas, revalorizando los contextos de aparición que al fin y al cabo es lo único que tenemos, y por otro, la búsqueda de una sintaxis interna compatible con la importancia del factor geográfico. Si mis ideas no han sido expuestas en el texto con suficiente claridad, espero que con ayuda de los datos recogidos en el catálogo puedan ser más fácilmente interpretadas.

### SUMARIO Y BALANCE

Volviendo la mirada atrás, habíamos comenzado analizando la escasa fiabilidad de la interpretación generalmente aceptada según la cual las estelas eran monumentos funerarios con la función de cubrir o señalar las tumbas de personajes destacados, y en particular, de guerreros. La debilidad de los argumentos que la apoyaban se agrava analizando detenidamente los casos concretos en los que se basaba. Dos importantes razones hacen de este punto de partida la clave de la interpretación final:

1. Por un lado si las estelas no fueron tumbas, la ausencia de restos de enterramiento a su alrededor deja de ser un argumento válido para sostener su descontextualización.
2. Por otro, las representaciones pueden concebirse ya de otra forma que como sustituciones de ajuares funerarios, de tal manera que las razones para fechar el

conjunto del fenómeno deben apoyarse en otras evidencias que las de considerar las estelas como versiones iconográficas de depósitos personales y coetáneos, es decir, como conjuntos cerrados.

Nuevamente quiero resaltar que esta crítica no implica que las estelas no puedan haber tenido un significado funerario, sino que hay que mirar más allá de los objetos para entender la verdadera esencia de las representaciones. El estudio de las relaciones de las estelas con el espacio que las rodea, y la interrelación que se establece entre ellas y el medio ambiente en que se localizan, incluye un nuevo factor de análisis en un campo de investigación desde siempre centrado en el objeto en sí mismo y en las conexiones que con otros ámbitos pudieran establecerse a través de los elementos figurados.

El Suroeste constituye un medio natural de riquezas contrastadas, en gran parte pobre para el desarrollo de la agricultura, pero mejor dotado para actividades ganaderas. Por otro lado las riquezas mineras son notorias y también la existencia de otros posibles bienes de intercambio como, por ejemplo, la sal. Sin embargo, si miramos a las estelas desde esta óptica estamos condenados al fracaso. No existe ninguna coincidencia entre las mejores tierras de labor o de pasto para el conjunto de las estelas, ni siquiera a nivel de zonas concretas. No hay correlación con las principales vetas de mineral, ni indicios claros de la explotación de los más cercanos. Finalmente las estelas como fenómeno interior dan la espalda a las riquezas del mar, tanto a la posibilidad de controlar la producción de sal como el comercio marítimo que por la estratégica posición del Suroeste entre el Atlántico y el Mediterráneo podría haber explicado la existencia de algunas de sus representaciones.

Pero no, las estelas son un fenómeno interior en un doble sentido: en el geográfico naturalmente, pero también en el conceptual. Obra de las poblaciones indígenas que ocupan un espacio marginal a las principales redes de bienes e ideas que funcionan durante el Bronce Final y que están empezando a interrelacionarse a un ritmo creciente. Y esta marginalidad es la que les confiere un carácter ambiguo, que recuerda algo ya conocido en otros lugares, pero a la vez tan original, que proviene de la peculiar forma en que los estímulos exteriores es-

tán llegando a un traspáis entre el Atlántico y el Mediterráneo, extraño a ellos al tiempo que parte de ambos.

En ese espacio interior, sin embargo, el movimiento ha debido ser intenso y frecuente. Por un lado porque el poblamiento, pese a nuestros muchos desconocimientos muestra innegables indicios de inestabilidad, que resulta difícil discernir si es causa o resultado de una estrategia de producción que combina una agricultura itinerante, tal vez debida a la escasa calidad de gran parte de los suelos de la región sin un abonado constante, con la práctica de una ganadería extensiva que aprovechase las cualidades naturales del medio. En suma, el modelo «ecológico» y tradicional de la dehesa que aún hoy domina las mayores extensiones del Suroeste.

Por otro lado, las representaciones de las propias estelas nos ponen en contacto con ideas que no pueden ser consideradas indígenas, pero cuyo grado de «foraneidad» ha de debatirse cuidadosamente. Sin duda las estelas representan toda una serie de elementos de origen mediterráneo, pero igualmente me parece que pueden observarse en ellas otros elementos llegados por vía atlántica, incluso si su referencia última se encuentra en el Mediterráneo.

Con los defensores de la vía atlántica estoy de acuerdo, cuando menos, en que las estelas reflejan formas de representar la riqueza y el prestigio más ligadas al pensamiento del occidente europeo que al del Mediterráneo Oriental. En las estelas, como señala Sherratt (e.p.) a nivel general, *la riqueza es personal y mueble*, no se expresa en formas complejas ni como atesoramiento claro por su valor material. De ahí que parezcan tan similares a un ajuar funerario convencional, de no ser porque a fines de la Edad del Bronce en toda la Europa Atlántica tales convenciones nos son desconocidas y esa riqueza personal, que tal vez vemos depositada en algunos tramos de los lechos fluviales, de lagos y costas, también parece haber estado en constante movimiento y transformación.

En cualquier caso, en tal ambiente, no resulta difícil concebir que la aparición de las estelas en lugares significativos de las redes terrestres que comunican las diferentes zonas del Suroeste entre sí y con el exterior haya sido su función primordial, y que las representaciones en ellas grabadas —para ser vistas— contengan una información codificada, accesible a quien se mueva por las áreas donde fueron situadas y que les diferenciase, neta pero sutilmente, sin renunciar a una identidad colectiva que es la que hoy aún reconocemos, de sus más próximos vecinos. En este sentido creo que deben interpretarse los resultados obtenidos de los análisis estadísticos sobre la variabilidad compositiva de las estelas, si bien las variables utilizadas en ulteriores intentos deberán revisarse para obtener respuestas más exactas que la simple aproximación aquí realiza.

Si la tipología de las estelas tiene una entidad más geográfica que cronológica, frente a lo anteriormente supuesto, ello no significa que haya que renunciar a encuadrarlas en una época concreta y que su aparición, utilización y abandono no puedan ser estudiadas, sino que la forma más correcta de hacerlo debe ser en el contexto de los diferentes aspectos que componen la realidad de

los grupos que las erigieron y no fechando aisladamente los elementos representados en ellas.

El momento de aparición de las estelas debe estar, pues, ligado a su función como marcador territorial y a las condiciones que las hicieron necesarias. Ese momento debió ser, en mi opinión, en el que poblaciones vecinas a las del Suroeste comenzasen a asentarse de una forma estable y continuada en lugares determinados, lo que implicaría un más férreo control territorial, de las vías de paso y de los recursos disponibles. En este marco, poblaciones aún no totalmente sedentarizadas estarían en desventaja y se verían obligadas a controlar más firmemente sus propios territorios tradicionales ante la amenaza de retrocer ante el avance de poblaciones sedentarias, tendentes a monopolizar recursos escasos y necesarios.

Es por ello que considero que las estelas han surgido en el Valle del Tajo, donde si las representaciones son más simples no se debe fundamentalmente a su antigüedad, sino a nuestro concepto egocéntrico de que la figura humana representa un paso cualitativo en las representaciones y no una figuración más, cuya posición e importancia varía en cada zona, y que, a juzgar por la cercana dispersión de las estelas-guijarro, no fue adquirida en esa determinada región por falta de interés en hacerlo, y no por desconocimiento. Quizás si el código es más simple se debe a que en un principio su creación está ligada a un proceso de incipiente jerarquización, que las estelas, a condición de estudiar cada grupo internamente y no como globalidad, pueden ayudarnos a estudiar en sus diferentes fases.

En el otro extremo de la cadena, la adopción de las estelas en el Valle del Guadalquivir, una zona en proceso de incipiente sedentarización, debe entenderse en el marco de una serie de relaciones tradicionales con las cuencas del Guadiana y del Tajo, posiblemente basadas en su carácter de zonas de aprovechamiento complementario y a través de las cuales se mueve un flujo de objetos de prestigio que en definitiva no son sino la manifestación en el plano social de una serie de relaciones que se desarrollan paralelamente en el económico.

Todo ello en conjunto explica que el centro del fenómeno, las numerosas estelas del Guadiana y de la concentración del Zújar, contengan las más complejas figuraciones en una zona donde los ejemplos materiales de contactos comerciales son muy escasos, a pesar de disponer potencialmente en las cercanías de la materia prima necesaria para su fabricación. Ello es porque su importancia deriva fundamentalmente de su papel intermediario en una zona de paso obligado y no de las posibilidades de explotación de sus riquezas naturales.

Así, en conjunto, el fenómeno de las estelas deriva de la posición estratégica ocupada por los grupos del Suroeste en el centro de una serie de intereses contrapuestos, o mejor complementarios, entre diversas zonas del interior y también de la costa del occidente peninsular, aunque estelas como la de Luna o las francesas, e incluso la más cercana extensión del fenómeno al centro de Ciudad Real, esté reflejando que sólo conocemos muy parcialmente los ámbitos de relación y las redes de intercambio del Bronce Final peninsular. Pero si esto es así, habría que preguntarse seriamente por las razones

materiales de ese intercambio, es decir, ¿qué bienes se mueven a través de esas redes?

Desde luego, no parece que el bronce como materia prima haya jugado un importante papel en este comercio, puesto que como vimos zonas potencialmente ricas no lo explotan con asiduidad y en todo el Suroeste tampoco es posible señalar auténticos depósitos de fundidor, en los que el reciclaje de metal juegue un papel destacado, salvo en aquellos puntos que lindan con el mundo del centro portugués y del Noroeste, donde el metal parece tener un valor relativamente distinto. Además, el hecho de estar ausente en las zonas donde más estelas se localizan tiene necesariamente una significación negativa sobre la importancia real de los objetos representados en las estelas.

Más bien hay que pensar que el control territorial que las estelas ejercen ahora, en función de las nuevas condiciones creadas por la sedentarización que empieza a acusarse en zonas determinadas de la fachada atlántica peninsular y en el Valle del Guadalquivir, no tiene necesariamente que implicar un cambio en las mercancías intercambiadas respecto a períodos anteriores. Probablemente la extensión del fenómeno nos informa de la existencia de una serie de áreas integradas en una red de productos complementarios poco más que de subsistencia, grano y ganado fundamentalmente, junto a otros de primera necesidad pero más escasos y costosos, como la sal, que en el Suroeste se encuentra concentrada en las costas (Rau, 1984), y cuya esfera superior, la que implica prestigio social, es la que se representa en las estelas.

En definitiva, las estelas son mensajes de un código de prestigio social claramente vinculado a élites cuyo esquema de pensamiento parece más ligado a lo que entendemos como «atlántico» y sólo representan la esfera superior de las relaciones de intercambio, en la que se establece la lógica de la relación entre las estelas de guerrero y las diademas. Pero por otro lado resulta difícil que podamos discernir en ellas lo que es real de lo que es ficticio, o a menos meramente ideográfico, copia de copia sin un referente real a la vista.

Si algo destaca de las estelas es esa abundancia de materiales foráneos desconocidos en el registro arqueológico pero testigos de un conocimiento previo a las colonizaciones históricas de, cuando menos, algunos aspectos de la cultura material mediterránea. Sin embargo, ni la localización de los grabados, ni la relación interna entre ellos permite pensar en la llegada de ideas complejas que hayan sido adquiridas por las poblaciones locales como sustrato previo a una posterior aculturación por contacto directo. En lo esencial, en su economía, formas de poblamiento, lo que podemos intuir de su estructura social, nada diferencia al Suroeste de otras áreas europeas ni se detectan cambios profundos que permitan pensar en una transformación de los grupos locales hacia una pre-aceptación de las que serán impuestas por el posterior período colonial.

En cambio, el inicio del proceso colonial propiamente dicho es sin duda la causa del fin de las estelas decoradas, no tanto porque el código simbólico utilizado por las poblaciones que las erigieron no pudiera haberse adaptado a las nuevas condiciones, sino porque la re-

orientación general que debió sufrir la economía de todo el Suroeste y posiblemente también de otras áreas de la Península a consecuencia de la instalación fenicia en el Mediodía dejó sin sentido las rutas tradicionales de intercambio en las que las estelas se localizaban. Y así, mientras el Valle del Guadalquivir y la cuenca del Guadiana entran rápidamente en la órbita tartésica, el valle del Tajo, más relacionado con el anterior circuito atlántico queda en un estado de aparente marginación, señal evidente que las rutas comerciales han cambiado y su posición ha dejado de ser tan ventajosa como durante el Bronce Final.

La reutilización de estelas en yacimientos orientalizantes (Setefilla, Cancho Roano) o para grabar estelas epigráficas sobre ellas (Capote) indica claramente que el fenómeno de las estelas deja de tener vigencia hacia el siglo VIII a. C.

## LOS MODELOS

De todo lo dicho, se deduce que hay que situar las estelas en una doble coyuntura. En primer lugar a nivel general, puesto que en ellas se muestran indicios de relaciones con zonas muy lejanas, espacial y culturalmente. En segundo lugar en el marco de sus relaciones internas, que las explican y les dan sentido.

Desde el punto de vista de su interpretación en el conjunto del Bronce Final en el Occidente Europeo, y matizando el modelo general propuesto por A. Sherratt (e.p.), las estelas ocupan un posición doblemente marginal. Por una parte su situación en el Extremo Occidente desde una óptica mediterránea supone la visión del Suroeste como parte del Margen o tercer círculo de su sistema de Centro-Periferia-Margen, más allá del límite de la Periferia, situado en Cerdeña.

Por otra, la localización interior y meridional de las estelas también significa una posición marginal dentro de las redes de comercio e intercambio atlánticas, en cuyo seno el conjunto del Suroeste tiene una personalidad propia. Esta doble marginalidad explica en cierta medida la mezcla de elementos de distinto origen que se muestran en las estelas, y que un área interior y aparentemente cerrada se encuentre abierta a influencias que hoy nos parecen tan diferentes.

Desde una segunda perspectiva, la de la explicación interna del fenómeno, creo que el modelo cuya aplicación resulta más correcta en este caso es el de *interacción entre unidades socio-políticas autónomas*, traducción del término inglés *peer polity interaction* (Renfrew y Cherry, 1986).

En esencia el modelo está concebido para explicar procesos de transformación cultural como una aproximación al problema intermedio entre la consideración del cambio cultural como un proceso exógeno, lo que es la esencia de los modelos difusionistas y de centro-periferia, o fundamentalmente endógeno, las posturas autotónicas que tienden a ver la comunidad objeto de estudio en aislamiento, entre las cuales se incluyen para Renfrew las explicaciones procesuales. En el modelo de *peer polity* el cambio no es exógeno al sistema como un todo en la región estudiada, pero tampoco el foco se si-

túa en la zona más concreta que se trabaja. Hay que mantener el equilibrio entre el análisis de los fenómenos internos y la posibilidad de relaciones a larga distancia, por lo que es adecuado adoptar una postura intermedia (fig. 21).

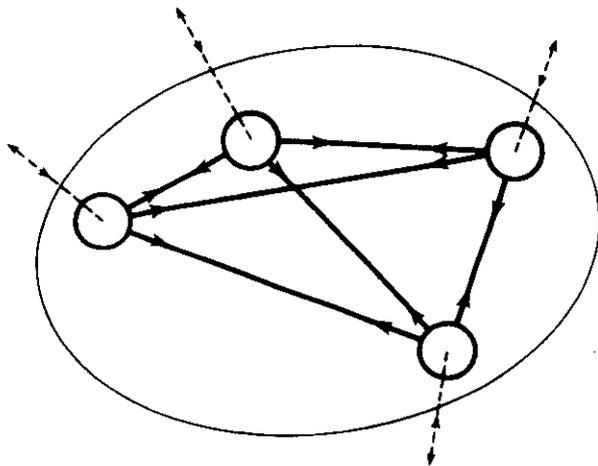


Fig. 21.—El modelo de Peer Polity Interaction. Las interacciones son más fuertes entre las unidades sociopolíticas autónomas dentro de la región que los vínculos con otras áreas exteriores (según Renfrew, 1986a).

El propio Renfrew (1986a: 7-8) recoge una serie de características que deberían cumplirse para entender que se dan las condiciones necesarias para el funcionamiento del modelo:

1. La posibilidad de reconocer en la región de estudio al menos una de estas unidades sociopolíticas autónomas, entendiendo que si una es reconocida, otras vecinas deben encontrarse en la misma región y con parecidas características.
2. Si cambios de organización, en especial los tendientes a una mayor complejidad, son reconocidos en una unidad autónoma, las unidades vecinas deben sufrir cambios similares casi al mismo tiempo.
3. Nuevas características institucionales aparecerán casi simultáneamente, en forma de grandes complejos arquitectónicos o sencillamente sistemas conceptuales para la transmisión de información, incluyendo lenguajes y códigos de comportamiento comunes para las élites de las diferentes unidades autónomas.
4. Las transformaciones observadas no deben poder atribuirse a un único foco de innovación, sino que se transmiten y elaboran simultáneamente en las diferentes partes del sistema.
5. El proceso de transformación no debe surgir del interior de una de las unidades ni del exterior del conjunto, sino como resultado de la interacción entre ellas, que puede adquirir diferentes formas: competición y emulación competitiva (la guerra entre otras), adopción de sistemas simbólicos y transmisión de la innovación, o un crecimiento del flujo de intercambio de bienes.
6. Finalmente, es predecible que se produzcan transformaciones en el conjunto de la región asociadas

con la intensificación de la producción y el desarrollo de estructuras jerárquicas para el ejercicio del poder.

Naturalmente es difícil encajar el problema de las estelas en todos y cada uno de estos puntos, pero al menos en algunas cuestiones básicas el modelo puede adaptarse perfectamente en nuestro caso.

Sin duda como ya vimos, alguno de los grupos que pueden diferenciarse en el estudio de las estelas, en particular el de las que no portan figura humana, puede ser visto como una estructura ordenada internamente y bastante bien delimitada, por lo que en principio podríamos asumir el primer punto, entendiendo que los otros grupos de estelas hayan funcionado de manera similar lo que parece probable si bien carecemos de evidencias para asegurarlo.

Respecto a los puntos siguientes no cabe duda que desde nuestra perspectiva las estelas configuran un perfecto sistema conceptual para comunicar información y que el mero hecho de su existencia en un amplio espacio del Suroeste es ya una señal indicativa de la generalización del cambio organizativo que significan, en concreto un mayor control del territorio y un énfasis en su delimitación sobre áreas igualmente caracterizadas por un poblamiento inestable.

El cuarto punto es menos claro, puesto que sin duda las estelas representan elementos foráneos y de diferentes procedencias, pero su vía de llegada es discutible. En cualquier caso parece claro que influencias determinadas pueden haber llegado desde distintas direcciones a puntos diferentes de la cadena de interacción. Por ejemplo elementos claramente mediterráneos como el carro deben haber recorrido la cadena en un sentido Sur-Norte, partiendo del Valle del Guadalquivir, mientras otros como el escudo escotado tal vez lo haya hecho en dirección contraria.

Quizás el quinto punto es el más claramente reconocible en el fenómeno de las estelas del Suroeste. En efecto, parece claro que las representaciones figuradas en las mismas lo son por contacto entre las diferentes áreas de la región. La similitud de ciertos elementos como los carros en todo el Suroeste y su concentración en el área más interior del territorio invita a pensar que el conocimiento que estas gentes hayan tenido de dicho objeto y su funcionalidad se ha transmitido junto con el modelo para el grabado y no mediante el referente real. La artificial concentración de elementos foráneos en la cuenca del Guadiana, incluso de aquéllos que son escasos en el valle del Guadalquivir, debe interpretarse en el mismo sentido. No son objetos reales los que viajan fundamentalmente en el marco de esta interacción, sino ideas cuya plasmación ideográfica recogen las estelas.

Sin duda Renfrew (1986a: 8) está en lo cierto cuando afirma que el aspecto más interesante y significativo de su modelo reside en la naturaleza de las interacciones y entre quienes se realizan éstas. Así, lo importante no es tanto el intercambio de bienes materiales como el flujo de información de distintas clases que se produce entre las diferentes unidades del sistema. Desde esta perspectiva el intercambio simbólico es lo suficientemente importante como para existir incluso sin necesidad de un tráfico de mercancías reales.

Igualmente es concebible que en el Suroeste la mayor parte de los elementos representados en las estelas no tengan una referencia real en el registro regional, como ya pudimos ver. Sin duda las comunidades del Suroeste no estaban social ni materialmente preparadas para recibir elementos de prestigio oriental como el carro o los objetos de aseo personal con todas sus implicaciones y convenciones. En cambio eran perfectamente capaces de entender conceptualmente que tales objetos eran bienes de prestigio que podían añadirse a aquellos otros objetos de parada que pertenecían a su lenguaje simbólico desde un principio.

## PERSPECTIVAS

El modelo aquí propuesto de análisis del fenómeno de las estelas del Suroeste necesitaría una comprobación empírica que resulta francamente difícil de realizar.

No es este el lugar de plantear un proyecto amplio para tal tipo de estudios, sino simplemente de hacer unas consideraciones generales sobre los aspectos más relevantes que en un próximo futuro permitirán confirmar o desmentir las bases de la interpretación realizada.

En primer lugar parece necesario tomar conciencia de la importancia de ciertos datos que normalmente se

han considerado secundarios al estudiar este tema: la localización lo más exacta posible del hallazgo y su relación con el medio ambiente y el paisaje que lo rodea. No importa que la pieza proceda de una linde o majano, la inexistencia de contexto arqueológico no significa que la pieza en sí misma esté descontextualizada, si permanece en los alrededores de donde fue extraída. Por otro lado, serán también nuevos hallazgos los que permitan valorar si los resultados de los análisis estadísticos realizados han conseguido definir claramente o no todos los grupos territoriales de estelas, así como integrar los ejemplares hoy aislados en los que les correspondan.

En segundo lugar gran parte del Suroeste está necesitada de estudios sobre el poblamiento del Bronce Final. Está claro que sin un mínimo conocimiento de los patrones de asentamiento resulta imposible plantear un análisis territorial de cierta seriedad por encima de un elemento aislado como son las estelas. Aunque el modelo de asentamiento sea itinerante y deje escasas huellas han debido quedar restos, puesto que tenemos numerosas evidencias de presencia de población en toda la región. Son, por lo tanto, necesarios proyectos de prospección y excavación de yacimientos significativos, pues aparte del Valle del Guadalquivir, nuestro conocimiento está enteramente basado en meros sondeos y en recogidas superficiales de material también sobre territorios de poca extensión.